



Revista UNOFAR CUADERNO DE DIFUSIÓN EDICIÓN ESPECIAL

Semana del 21 al 27 de agosto de 2023

EL LIBERU.cl

infobae.com

EL MÉRIDIANO

ClarínX
El gran diario argentino

LA ESTRELLA DE IQUIQUE

TRAS UN MES EN LA "FASE B"
CUARENTENA:
MÁS DE 5 MIL
CONTAGIOS Y
96 FALLECIDOS

LA TERCERA

EL Siglo
EL PERIÓDICO DEL PUEBLO

EL MUNDO

elmostrado

BBC
MUNDO

La Estrella

PENSIONADO
DE 80 AÑOS
DEBE TRABAJAR
COMO CONSERJE
POR LAS NOCHES

THE CONVERSATION



BIBLIOTECA
NEWS

La Segunda



Memoria Chilena

Noticias Ejército

El día más glorioso del
Poeta Orellana en España

EL AUSTRAL
Delincuentes secuestran
a trabajador y roban en
una empresa tabaquera

publimetría
Pide senadora apoyo
para los niños genio

LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena
La Tercera, 30/08/2023

LOS ESTUDIANTES: LOS DUEÑOS DE LAS CALLES

El 29 de agosto, las federaciones de estudiantes de la Universidad Católica de Chile y de la Universidad Católica de Valparaíso, ambas controladas por el movimiento gremial, publicaron un documento titulado *“Hacia una nueva institucionalidad a través de la renuncia de Allende”*.



Como todos los textos de ese grupo en esos años, había sido revisado por Jaime Guzmán. Declaraba que *“sólo bajo la dirección unitaria de nuestras Fuerzas Armadas, Chile puede reunir a sus mejores hombres en la misión de proponer la nueva institucionalidad que el país necesita para restablecer su democracia”*.

Aunque las actividades de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC) lograron *“cada vez más convocatoria”*, dice su expresidente Javier Leturia, la coordinación con la Federación de Estudiantes Secundarios (Feses), que encabezaba el DC Miguel Salazar, era bastante informal.

Tampoco estaban enterados de los planes del golpe más allá de los rumores. *“Lo más concreto que supimos fue cuando una vez alguien llegó con el aviso de que si los militares salían, nosotros teníamos que hacernos a un lado”*.

El movimiento estudiantil estaba partido en dos. En 1969, la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, la más antigua y mayor del país, había elegido presidente al comunista Alejandro Rojas, conquistando un bastión clave para la izquierda.

En la noche del 4 de septiembre de 1970, Salvador Allende pidió celebrar su victoria en la sede de la Fech, en la Alameda. Desde uno de los

balcones del segundo piso le dijo a una multitud histórica: *“He querido hablar al pueblo desde los balcones de la Fech porque los estudiantes han sido vanguardia en esta lucha”*.



Rojas fue reelegido presidente en los años 1970, 1971 y 1972, y en marzo de 1973 se convirtió en uno de los 25 diputados de la nueva bancada del PC. Sus rivales lo llamaban *“el estudiante eterno”* - cursaba Odontología- y también *“la Pasionaria Rojas”*, porque era tan intenso como la española Dolores Ibárruri (una vez interrumpió una conferencia de prensa del rector Edgardo Boeninger bailando cueca sobre el escritorio).



La Fech de Rojas fue una defensora leal y movilizadora de la UP. *“La Fech contra el imperialismo yanqui”*; *“Fidel, Fidel, ¿qué tiene Fidel, que los imperialistas no pueden con él?”*; *“A los momios, pala, a los fachos, bala”*, eran algunas de sus consignas favoritas.

Nunca antes en la historia de Chile los estudiantes habían tenido un papel tan activo en la política. Los proyectos del gobierno se discutían en la calle, entre pancartas, pedradas y guitarreos.

No todo fue violencia ni todo fue una comparsa de marchas amables, pero los excesos se fueron incrementando a medida que la situación del país se polarizaba.

El debut en las calles de los estudiantes secundarios fue responsabilidad de la Feses, que agrupaba a 70 liceos fiscales de Santiago. Cuando asumió Allende fue bastante moderada, pero en 1972 comenzó a llamar a paros en rechazo a la designación por criterios políticos de nuevos directores de establecimientos. Otras federaciones de regiones siguieron su ejemplo

En 1973, los estudiantes secundarios y universitarios pasaron más tiempo en la calle que en las salas. El trasfondo fue una gran causa: la Escuela Nacional Unificada (ENU), uno de los proyectos más polémicos de la UP.

Las bases de esta gran reforma se fijaron en el Congreso Nacional de Educación de 1971, convocado por la CUT, el ministerio y el gremio docente. Consistía, en lo grueso, en una democratización del sistema; la creación de un programa común para la educación parvularia, básica y media, y una mayor intervención estatal en los colegios privados.



El proyecto final que se conoció en abril de 1973 fue apoyado con fuerza por los partidos de la UP y rechazado con igual vigor por la oposición, la parte del movimiento estudiantil que la acompañaba y, al fin, por la Iglesia Católica, que pidió al Presidente su retiro.

El senador Patricio Aylwin fue uno de los primeros en calificar al plan como *“manifiestamente destinado a servir de instrumento al objetivo político partidista de concientizar a los niños y jóvenes chilenos dentro del ideario marxista-leninista que inspira a los partidos gobernantes”*.

La Conferencia Episcopal lo sentenció con una carta firmada por el obispo Carlos Oviedo, que declaró su oposición *“al fondo del proyecto, por su contenido, que no respeta valores humanos*

cristianos fundamentales, sin perjuicio de sus méritos pedagógicos en cuestión”. Luego, el contraalmirante Ismael Huerta aseguró que los oficiales de las Fuerzas Armadas consideraban la ENU como un intento por concientizar a los jóvenes

La polémica sorprendió a la FESES en una situación particular. En las elecciones de noviembre de 1972, dos listas se atribuyeron el triunfo: la del socialista Camilo Escalona y la del DC Miguel Salazar.

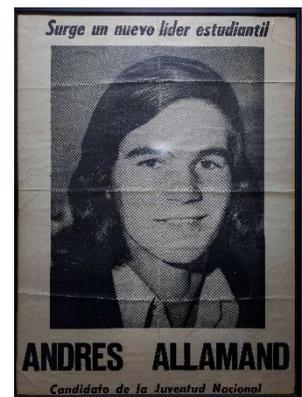
En esos comicios, la juventud del PN llevó de candidato al dirigente Andrés Allamand, que un año antes, a instancias de Sergio Onofre Jarpa, se había retirado del colegio Saint George e ingresado al Liceo Lastarria sólo para participar en la FESES.

Su compañero de lista era Francisco Vidal. *“La derecha nunca había tenido preocupación por los estudiantes secundarios. Cuando Allamand hizo este gesto, fue una especie de ídolo para todos”*, recuerda Roberto Palumbo, dirigente de la JN en esa época.

Mientras el sector de Escalona apoyó la ENU, el otro bando, apoyado por la Juventud Nacional, construyó una dura oposición contra la reforma. El primer gran paro fue el 17 de abril y contó con el respaldo de la Federación Única de Estudiantes de Colegios Particulares, que dirigía José Manuel Correa, y la Confederación de Estudiantes de Colegios Particulares, encabezada por Osvaldo Artaza.

A la paralización adhirieron cerca de 200 mil estudiantes de todo Chile. Los de Santiago (unos 50 mil) se movilizaron en masa por la Alameda: *“¡Allende, escucha: la ENU se va a la chucha!”*.

El 26 de abril, Escalona se reunió en el Teatro Caupolicán con los estudiantes de izquierda para apoyar al gobierno. El líder socialista condenó a *“esa gente que se opone a cualquier tipo de cambios... que se niega al diálogo de cualquier manera, usando la ENU para oponer a los trabajadores al gobierno popular”*.



Ese mismo día hubo otra concentración opositora que culminó con una lluvia de piedras hacia el Ministerio de Educación. *“El ministro Tapia es un miserable, porque trata de engañar a los estudiantes”*, proclamó Salazar frente a la Biblioteca Nacional.

Otros estudiantes de los liceos Lastarria, María Auxiliadora y de colegios del sector oriente levantaron inéditas barricadas en Apoquindo y Providencia

Con todo, el grupo estudiantil más activo en contra de la ENU (y de la UP) fue el Movimiento Gremial de la Universidad Católica, que nació como reacción al proceso de Reforma Universitaria, cuyo momento culminante fue la toma de la Casa Central en agosto de 1967.



Su líder y fundador era Jaime Guzmán, presidente del centro de alumnos de Derecho, seguido, entre otros, por Jovino Novoa, Hernán Larraín, Ernesto Illanes, Felipe Lamarca y Raúl Lecaros.

Los gremialistas tenían un rumbo separado del PN. Eran antipartidos y proclamaban la autonomía de los cuerpos intermedios, cuya expresión eran *“los gremios”*.

En 1969 conquistaron la FEUC con Ernesto Illanes y la retuvieron durante toda la UP. En el paro de octubre de 1972, la Casa Central de la universidad se convirtió en sede de las reuniones de los gremios. Guzmán y Eduardo Boetsch, líder del movimiento alessandrista, redactaron ahí el *“Pliego de Chile”*.

La Feuc gremialista participó en varios hitos opositores importantes, como la campaña para que Canal 13 llegara a todo Chile, la que rechazaba la intervención de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (*“¡La papelera, no!”*) y la huelga de los mineros de El Teniente en abril de 1973. Para entonces, su presidente era Leturia, un estudiante de Filosofía que había ganado con un mensaje que llamaba a *“asegurar la derrota del marxismo en la UC”*.

A mediados de junio, un grupo de mineros que marchó desde Rancagua se instaló en la Casa Central de la Católica. *“Llegaron en un día de lluvia y la DC quiso ofrecerles su sede de la Alameda, pero a partir de conversaciones con nuestros dirigentes salió la idea de que era mejor no estar en un partido.”*

Así fue como les abrimos las puertas”, recuerda Leturia.

El rector Fernando Castillo Velasco no pudo oponerse. *“Se encontró con hechos consumados”, dice Leturia. “Pero como un homenaje a él, puedo decir que en una manifestación declaró que aunque era un demócrata cristiano de izquierda, estaba con nosotros”*

El combate contra la ENU fue sin tregua. La Feuc declaró que bajo esta reforma se buscaba *“transformar la educación en un gran aparato proselitista y de control de conciencias”*. Los argumentos de su campaña *“No a la ENU”* aparecieron en El Mercurio y en un libro titulado ENU: el control de las conciencias.

Este y la mayoría de los panfletos, documentos y manifiestos del movimiento gremial eran obras de Guzmán. *“Lo redactaba casi todo. Le gustaba conversar sus propuestas, pero la pluma era de él”, afirma Leturia*



Con los estudiantes de las dos principales universidades enfrentados (las siguientes, la Universidad Técnica del Estado y la Universidad de Concepción estaban en manos de la izquierda), el movimiento estudiantil replicaba la fractura que atravesaba el país. Ambos grupos sentían que su futuro estaba amenazado.

El 11 de septiembre, los gremialistas tenían organizada una nueva marcha junto a los secundarios. Cuando se enteraron del golpe, Leturia, Alberto Hardenssen, su vicepresidente, y Carlos Bombal, presidente del centro de alumnos de Derecho, fueron en auto hasta la Casa Central: *“Las calles ya estaban desiertas. Luego nos juntamos con otro grupo en el departamento de Jaime Guzmán, a esperar. El quería ver el asunto consolidado y no estaba tan eufórico como nosotros”*.

En la UTE, donde Allende iba a anunciar su llamado a plebiscito, permanecieron el mismo día cerca de 600 estudiantes, académicos y funcionarios, con la sede tomada en defensa del gobierno.

LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena
La Tercera, 31/08/2023

LA ARMADA: EL PRIMER GOLPE

El jueves 30 de agosto de 1973, el vicealmirante José Toribio Merino, jefe y juez de la Primera Zona Naval, pidió a la Corte de Apelaciones la suspensión de los fueros parlamentarios del senador Carlos Altamirano y el diputado Oscar Guillermo Garretón, bajo el cargo de “*intento de subversión*” en la Escuadra.

La acusación tomaba como base una investigación de contrainteligencia de la Armada, que el 7 de agosto denunció que “*en los últimos días fue detectada (...) la gestación de un movimiento subversivo en dos unidades de la Escuadra, apoyado por elementos extremistas ajenos a la institución*”.

La verdad era que un grupo de suboficiales de los buques de la Escuadra, liderados por el sargento Juan Cárdenas, había llegado al convencimiento de que los oficiales de la Armada preparaban un golpe de Estado para el 7 de agosto.

A lo largo de diversas reuniones en los buques y en tierra -muy documentada por Jorge Magasich en los dos volúmenes de su libro “*Los que dijeron “No”*”- elaboraron un plan para asaltar por sorpresa los buques y obligar al gobierno a intervenir en el alto mando.

En julio, los líderes del movimiento decidieron contactar a dirigentes del MIR, el Mapu y el PS de Valparaíso y Talcahuano, para luego concertar reuniones con Altamirano, Garretón y el líder del MIR, Miguel Enríquez. “*Querían llegar a Allende, avisarle que se estaba preparando un golpe en la Marina*”, recuerda Garretón.

Las reuniones tuvieron lugar en un departamento de Recreo y en una casa de Puente Alto. Altamirano asegura que asistió debido a la fuerte presión de Enríquez, y que dijo a los marinos que su proposición era “*una locura. En ese entonces todos estábamos un poco loquitos*”. Garretón también dice haber desaprobado el plan. Sólo Enríquez mostró algún entusiasmo. En todo, Altamirano y Garretón se comprometieron a informar al Presidente.

La Armada descubrió el circuito y en los primeros días de agosto arrestó a 72 suboficiales y

marineros de la dotación de seis buques. A partir de ese momento, se empezó a hablar de “*infiltración*”, aunque los arrestados pertenecían a las dotaciones regulares.

El anuncio del vicealmirante Merino era una bomba política. Consciente de ello, el Presidente sopesó que si Altamirano renunciaba a su cargo de secretario general del PS, evitaría que el juicio fuese una confrontación con el partido y el gobierno. En vista de sus reiterados fracasos con Altamirano, encomendó la propuesta al canciller Clodomiro Almeyda. Pero éste no logró convencer al secretario general.

De todos modos, Merino sabía que su decisión caía en medio del estado de agitación de la Armada y que podía precipitar una nueva crisis con el comandante en jefe, el almirante Raúl Montero. La situación de Montero era mucho peor que la de Prats en el Ejército. El Consejo Naval venía sugiriendo su retiro desde meses antes.



El 9 de agosto -dos semanas después del asesinato del edecán naval Arturo Araya y dos días después de la denuncia de la “*infiltración*”-, Allende convocó a Montero a asumir el Ministerio de Hacienda.

Los altos mandos y la oficialidad rechazaron esa designación. Merino y los contraalmirantes Ismael Huerta y Sergio Huidobro trataron de persuadir a Montero de que no aceptara ningún cargo de gobierno. Este desestimó la presión.

Pero el 21 de agosto, el comandante en jefe, afectado por una dolorosa úlcera, presentó su renuncia, que el Presidente rechazó. Lo mismo volvió a ocurrir el 23. Hasta que el 26 consiguió que Allende aceptara su salida.

No era suficiente. Apenas tres días después, el 29, Merino y Huidobro viajaron a Santiago para expresarle a Montero “*la conveniencia de que su retiro se efectuara a la brevedad*”.



En un golpe de audacia, el comandante en jefe llamó al Presidente y le dijo que dos almirantes estaban pidiendo su renuncia. Allende los citó de inmediato a su casa y reprendió a Merino y Huidobro por intervenir en un tema que era de su exclusiva atribución.

Ante la insistencia de Merino, el Presidente pronunció una frase que pasaría a la historia dentro de las filas navales:

“Entonces, quiere decir que estoy en guerra con la Marina”.

Con todo, Allende comenzó a considerar la debilidad del comandante en jefe, aislado y enfermo. La situación se volvió a discutir el 1 de septiembre, en una tensa reunión del ministro de Defensa, Orlando Letelier, y Merino.

Pero el 3, Allende rechazó la dimisión a través de una carta pública en la que planteó a Montero que consideraba *“sólidas”* y *“respetables”* las razones para retirarse del cargo, pero que el *“bien del país”* lo obligaba a no aceptar su petición.



Letelier y el asesor Joan Garcés creían que era urgente pasar a retiro a los almirantes comprometidos en la desobediencia. En esto, coincidían con Altamirano, Garretón y otros que pensaban que un golpe de mano desarmaría una conspiración en curso.

Allende, por el contrario, estimaba que cualquier acción agresiva desataría una sublevación. Montero era el dique para contenerla. Pero estaba agrietado.

El 7 de septiembre citó a Merino a un almuerzo en el que lo nombraría nuevo comandante en jefe. Ese día, el diario Tribuna tituló: *“Hoy vence el plazo de la Armada a Allende”.*

No es claro que tal reunión haya existido; no hay ningún registro de ella, ni siquiera las fotos de prensa que cabría esperar dado que Merino describió a *“una nube de fotógrafos”* que lo habría recibido en La Moneda.

De cualquier modo, Merino volvió a salir sin su nombramiento. El último recurso se agotaba: ahora habría que sobrepasar al comandante en jefe.

El clima no era ya soportable en la institución. En la sesión del Senado del 5 de septiembre, el senador comunista Jorge Montes había denunciado que los suboficiales detenidos por el complot de la Escuadra estaban sufriendo torturas en el Cuartel Silva Palma.

Cuando el ministro Letelier exigió a Montero investigar esa acusación, el comandante en jefe sólo respondió que *“no puede ser así”.*

Ese mismo día, 109 tenientes y subtenientes enviaron una carta a Merino donde condicionaron su permanencia en la institución a que *“ésta actúe decididamente para desterrar el marxismo de Chile”* y anunciaron que se negarían a zarpar para la Operación Unitas.

Se dirigieron a él como *“comandante en jefe”.* Era una insubordinación mayor. Según un subteniente que firmó esa carta -y que pidió reserva de su nombre-, *“para nosotros, que éramos más impulsivos, [Montero] ya había perdido ascendiente y no tenía posibilidad de presión ante Allende”*, mientras que Merino les parecía alguien *“hábil, que trataba de contener las inquietudes de la institución”.*



Había algo peor, de acuerdo a la misma versión: *“Tuvimos reuniones donde se nos informó que Inteligencia había detectado la infiltración de la tropa y nos dieron instrucciones para cuidarnos, sobre todo quienes estábamos en la Escuadra. Por primera vez, teníamos que dormir con el camarote cerrado con llave y con nuestras armas a mano”.*

Para entonces, los almirantes en que confiaba Merino -Patricio Carvajal, Ismael Huerta, Sergio Huidobro- ya habían extendido sus redes de contactos con la Cofradía Náutica, los empresarios y los partidos de la Code, mientras el capitán de navío Hugo Castro coordinaba las operaciones de Patria y Libertad.

El ministro Letelier afirmaría después: *“Yo tenía la impresión, desde los primeros días, que el almirante Carvajal, como jefe del Estado Mayor Conjunto, era el hombre de enlace de todo el grupo de los oficiales reaccionarios. Y se los había comentado al Presidente y a Montero, quien no me lo había rebatido con mucha fuerza, pero me había planteado que, bueno, tenemos que esperar la calificación de todos los almirantes a fin”.*

de año para la salida de Merino y Carvajal". Con quien no esperó fue con el contraalmirante Huerta, cuyo retiro fue cursado en secreto el día 3.

Tal vez nunca se llegue a conocer qué día se decidió la fecha del golpe, porque circulan varias versiones al respecto. Si fuera cierto que la historia la escriben sus protagonistas, aquí habría que agregar que la escriben según sus intereses.

De acuerdo al general Arellano, el 7 de septiembre se reunió con Merino y Carvajal, y juntos pusieron la fecha para el golpe. Otras versiones aseguran que fue el sábado 8, después de misa, cuando Huidobro, junto al capitán Ariel González Cornejo, jefe de la inteligencia naval, tomaron la decisión.

Como es visible, Huidobro no había dicho nada acerca de su reunión con el senador socialista Erich Schnake, a quien le propuso que se le nombrara como comandante en jefe para detener la insurrección.

Lo cierto es que el domingo 9, Merino envió a Huidobro y González a Santiago con una breve carta destinada a los comandantes en jefe del Ejército y la

Fach, Pinochet y Leigh, fijando el "Día D" para el 11 de septiembre a las 6 horas.

Ese mismo día, en su discurso en el Estadio Chile, Altamirano reconoció sus reuniones con los suboficiales y anunció su decisión de tener todas las que fuese necesario.

El 10 se activó el plan antiinsurgencia "Cochayuyo" para tomar el control de todas las zonas de jurisdicción de la Armada. La Escuadra zarpó hacia la Operación Unitas, con órdenes de regresar durante la madrugada.



En su casa de calle Sánchez Fontecilla, el almirante Montero dormía, sin saber que sus teléfonos estaban siendo cortados, se quitaba la gasolina de su automóvil y las rejas de su casa eran clausuradas con candados.

LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena
La Tercera, 01/09/2023

EL MAPU: LA DIVISIÓN SALVAJE

El viernes 31 de agosto de 1973, la petición del vicealmirante Merino a la Corte de Apelaciones de Valparaíso para desaforar al senador Altamirano y al diputado Garretón se trasladó a la Corte Suprema.

La acusación eran las reuniones con suboficiales de la Armada que querían denunciar una conspiración contra el gobierno y tomarse la Escuadra. Garretón informó al Presidente Allende, que ya lo sabía y no le dio gran importancia.



Garretón sentía una empatía especial con Allende, a pesar de que el Presidente había ordenado unos pocos meses antes la escisión del Mapu y que la

oratoria del parlamentario parecía cada vez más anti-Allendista.

"Barbas", como lo llamaba Bernardo Leighton, era afable y respetuoso y había servido a la UP en la dirección de la Corfo con indiscutible disciplina.

Las raíces del Mapu se hallaban en lo que en cualquier otro momento histórico habría sido una de las instituciones más conservadoras de la Iglesia: la Acción Católica.

En la segunda mitad de los 60, esos jóvenes - todos de colegios de elite, profesionales o en camino a serlo, muchos de la Universidad Católica- fueron miembros de la Juventud Demócrata Cristiana y bajo los influjos de la revolución cubana y el movimiento estudiantil de mayo de 1968 en París se hicieron críticos del gobierno de Eduardo Frei Montalva.

Para comienzos de 1969, ya conformaban el sector "rebelde" del PDC, que en conjunto con el "tercerismo" de Radomiro Tomic impulsaba la alianza con los partidos de izquierda para impedir que la derecha recuperase el poder en 1970.

El 9 de marzo de ese año, una toma de terrenos por parte de 90 familias en el sector de Pampa Irigoín, en las cercanías de Puerto Montt, terminó con un violento desalojo policial que dejó 10 pobladores

muerdos. El presidente de la JDC, el exseminarista Enrique Correa, emitió una declaración feroz contra el gobierno y el partido decretó su suspensión.



Pero al frente de la juventud permanecieron otros “rebeldes”, Juan Enrique Vega y Rodrigo Ambrosio. El 6 de mayo, uno de los más prominentes líderes “terceristas”, el senador Rafael Agustín Gumucio, renunció al PDC por “un problema de conciencia personal” que le impedía adherir al gobierno.

En los siete días siguientes dejaron el partido otro senador (Alberto Jerez), dos diputados (Vicente Sota y Julio Silva Solar) y los departamentos campesino y sindical, además de la JDC.

Sin perder un minuto, los promotores de la ruptura organizaron un acto con 550 personas en el sindicato de la Empresa de Transportes del Estado y fundaron el Movimiento de Acción Popular y Unitaria, con el ex“tercerista” Jacques Chonchol como primer secretario general, aunque el líder intelectual era el joven Rodrigo Ambrosio.

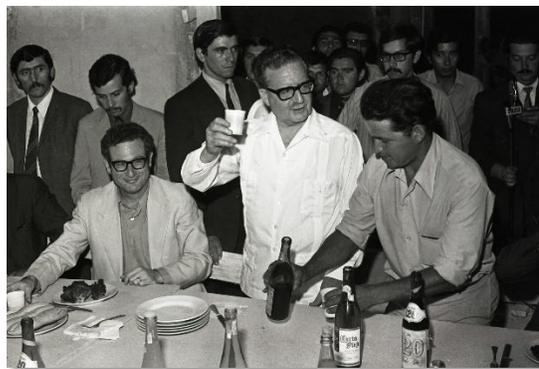
Este último había estudiado Sociología y Derecho en Chile y luego en L’Ecole Practiques des Hautes Etudes de París, donde fue influenciado por el hipnótico y obsesivo Louis Althusser, el filósofo que venía ensayando relecturas lacanianas y estructuralistas de Marx en virtud de las cuales lo esencial era la descripción científica de la sociedad a partir de sus fuerzas productivas. Esa comprensión debía ser el motor de la revolución socialista.

En su origen, el Mapu no pretendía ser un partido. Su aspiración central era producir cuadros de alta calificación profesional, que contribuyeran a la construcción de un gobierno socialista aportando un nuevo estilo, más moderno y superior al del Frap.

Se definía por el “movimientismo”, igual que su más enconado adversario intelectual dentro de la izquierda, el MIR. El Mapu deploraba del MIR su inclinación guerrillera, su frivolidad intelectual y su tendencia a sustituir a las masas por su frente de vanguardia.

Fieles a sus orígenes y pretensiones, los jóvenes del Mapu eran estudiosos y metódicos y por ello se revestían de un aire de superioridad. Pretendían convertirse en la fuerza transversal para la unidad de la izquierda.

En el 69 declararon su desconfianza hacia Allende, a quien consideraban un representante de la política “vieja”, y simpatizaron con su contendor dentro del PS, Aniceto Rodríguez, aunque designaron como precandidato a un hombre de sus filas, Chonchol. “El Mapu está de moda”, proclamaba con alegría Jaime Gazmuri.



El Mapu entró a la UP por la puerta grande. Sin haberse medido nunca en elecciones, tenía cinco parlamentarios y Allende les confirió dos ministerios, Agricultura (Chonchol) y Salud (Juan Concha); dos subsecretarías, Economía (Garretón) y Justicia (José Antonio Viera-Gallo), además de la dirección de Corfo (Fernando Flores) y la gerencia agrícola (Francisco González).

En octubre de 1970, asumió el liderazgo Rodrigo Ambrosio, con una línea de “lealtad crítica” hacia Allende y la tesis del “cuchillo de dos filos”, que significaba moverse entre el poder de las superestructuras -el gobierno y el Parlamento- y el poder popular.

Hacia mediados de 1971, el Mapu ya estaba fuertemente tensionado entre dos grupos: los que deseaban mantener su identidad cristiana y quienes querían declararse como el tercer partido marxista-leninista de Chile.

Cuando el Mapu inició la campaña para inscribirse como partido, el PDC sufrió una segunda escisión, en la que se fueron Luis Maira y Bosco Parra para formar la Izquierda Cristiana. A ellos se adhirieron los cinco parlamentarios del Mapu.

Aunque la izquierda celebró el nuevo desgarró del PDC, el verdadero perjudicado fue el Mapu. Peor aún, su propósito de inscribirse a lo grande, con 100.000 firmas por sobre las 10.000 que necesitaba, se redujo a 34.000 suscriptores.

La siguiente desgracia ocurrió el 19 de mayo de 1972, cuando Ambrosio murió en un accidente de auto. Sin el líder que amalgamaba a los sectores en disputa, el Mapu comenzó una deriva sin destino.

Aunque aún no lo sabía, se encaminaba hacia su fin. La crítica hacia la “burocratización” del gobierno de la UP empezó a imponerse junto con la tentación de construir un “*polo revolucionario*” con el MIR y el PS.

El II Congreso partidario, en diciembre de 1972, proclamó su condición marxista-leninista y puso a la cabeza a Oscar Guillermo Garretón, acompañado de los subsecretarios Eduardo Aquevedo (figura eminente del ala más radicalizada) y a Juan Enrique Vega (representante del ala moderada de Jaime Gazmuri).



En las parlamentarias de marzo de 1973, el Mapu mostró lo que era: un magro 2,79 % de la fuerza electoral (101.987 votos), capaz de elegir un solo diputado, el mismo Garretón, en el microclima “rojo” de Concepción. En la misma elección, el PDC perdió sólo un 2,66 % de su poderío, es decir, el Mapu más la IC.

Todo esto ocurría en el medio de una tormenta interna. El 2 de marzo, El Mercurio publicó un documento interno que concluía que el gobierno sólo disponía de recursos hasta fines de abril. Los redactores (Aquevedo, Rodrigo González, Enrique Olivares, Kalki Glauser y Carlos Montes) pertenecían al ala radical y el gobierno exigía sanciones en su contra.

Garretón se negó a aplicarlas. Cinco días después, utilizando sus posiciones dentro de los aparatos disciplinarios del Mapu, Gazmuri y Flores, ya ministro secretario general de Gobierno, expulsaron a Garretón, Aquevedo y otros 13 miembros de la dirección. En represalia, dos días más tarde Garretón y Aquevedo expulsaron a Gazmuri y Flores.

La disputa fue salvaje. Hubo incendios, robo de automóviles, atentados y grescas callejeras. El partido de los amigos se había convertido en una guerra de patotas. Unos y otros se acusaban de pequeñoburgueses, infantilistas y contrarrevolucionarios.

Traición y cobardía pasaron a ser las palabras dominantes. El PS, la IC y el MIR reconocieron como legítima a la fracción de Garretón, mientras el PC y Allende apoyaban a la de Gazmuri

En una entrevista con la revista del MIR Punto Final, Garretón se preguntó si la ruptura del Mapu no era “*el aperitivo de un largo banquete*”. Quería decir lo que también entendieron Altamirano y la dirección del PS: que la operación de quiebre, con el evidente auspicio de Allende, era el experimento previo a la intervención del mismo PS para terminar de una vez con los desbordes por la izquierda que atenazaban al gobierno.

Los meses siguientes fueron una ordalía para el Mapu. La moda, como todas, se había esfumado.

Garretón, que había sido parte del gobierno, se sentía arrastrado por el verbalismo incendiario de sus compañeros. Dos veces intentó renunciar antes de septiembre. Aun así, el 31 de julio concurrió a la reunión con los suboficiales de la Armada en Recreo, que fue denunciada con estruendo como un intento de infiltración.

La decisión de pedir su desafuero y el de Altamirano demolió el liderazgo del almirante Montero y consolidó el de Merino.

El 3 de septiembre, la Corte Suprema acogió la petición de Merino y abrió paso al procesamiento de ambos. Ya no había retorno.



LOS 22 DÍAS QUE SACUDIERON A CHILE

Francisco Aravena
La Tercera, 01/09/2023

CUBA: EL MOJITO REVOLUCIONARIO

Cuba siguió el proceso chileno minuto a minuto. Era el gobierno con mejor y más detallada información acerca de la UP.

Además de los 119 miembros de su embajada, tenía el canal privilegiado de Beatriz, hija del Presidente, que se había casado con el cubano Luis Fernández Oña.

Las Tropas Especiales del Ministerio del Interior habían ayudado a organizar la seguridad de Allende y dirigido la de Fidel Castro durante su visita de 1971.

El jefe del Departamento América del PC cubano, Manuel Piñeiro, estuvo varias veces en Chile y se mantuvo siempre al día en la evolución de los hechos.



Pero la eventual victoria del proyecto de Allende, la instauración del socialismo por la vía pacífica, podía ser una aporía para el castrismo, la contradicción radical de todas las tesis cubanas acerca de la revolución.

Así lo sugirió el propio Castro en el discurso de despedida de su visita, en el Estadio Nacional, cuando empleó tres adjetivos para calificar lo que vio en Chile: algo *“extraordinario, insólito, único”*. *“Un proceso revolucionario donde los revolucionarios tratan de llevar adelante los cambios pacíficamente (...) por los cánones legales y constitucionales, mediante las propias leyes establecidas por la sociedad o por el sistema reaccionario, mediante el propio mecanismo (...) que los explotadores crearon para mantener su dominación de clase”*.

Curiosamente, la relación de Castro con la izquierda chilena comenzó cuando combatía en la Sierra Maestra.

Para este espectro político, la revolución suscitó un embrujo irresistible. Más que el triunfo militar sobre una dictadura, el mojito que los chilenos degustaron fue el acento latinoamericano independentista, de recuperación de las riquezas básicas y desafío al imperio desde un pequeño país.

Todavía las columnas guerrilleras de Fidel y Raúl Castro, el *“Che”* Guevara, Camilo Cienfuegos y Juan Almeida no derrotaban al dictador Fulgencio Batista cuando en 1958, Carlos Rafael Rodríguez, representante del PC cubano, visitó Chile durante una semana.



Se reunió con Orlando Millas, miembro de la comisión política del PC chileno, en las oficinas del diario El Siglo, y transmitió el mensaje de que ese año sería decisivo para la caída de Batista

Rodríguez, quien después fue vicepresidente del consejo de ministros de Cuba, transitó por Santiago con Millas - lo presentó al senador radical Hermes Ahumada como *“el periodista González”*-, y alojó en casa de la familia Badilla, en el sector sur de la capital, donde se reunió un día completo con la comisión política del PC.

Les contó que el Ejército de Batista no era moderno y tenía más capacidad represiva que de combate, y que para gobernar iban a designar a una personalidad independiente que diera garantías a todos. El PC se comprometió a apoyarlos y a enviar después de la victoria a periodistas destacados, de todas las tendencias, para la *“Operación Verdad”*.

Pero pronto el PC se fue distanciando del castrismo. El 26 de julio de 1966, para la conmemoración del asalto al Cuartel Moncada, Millas rechazó públicamente el diagnóstico de que Latinoamérica vivía una situación revolucionaria generalizada y la receta de Castro sobre la lucha armada.

Pablo Neruda, el más famoso de los comunistas chilenos, sufrió de vuelta los embates castristas. Más tarde, el PC discrepó frontalmente de la estrategia del foco guerrillero promovida por Castro y el

“Che” y confirmó sus ideas cuando el argentino cayó abatido en Bolivia en 1967.

La revolución fue perdiendo amistades a medida que se desgastaba y desdibujaba, en medio de su proclamación socialista y la adhesión al campo soviético, el bloqueo estadounidense y la represión a los opositores, el sabotaje y las ineficiencias, Bahía Cochinos y las aventuras guerrilleras en América Latina y África, lo que culminó con un terribor que devoró a muchos de sus progenitores y concentró el poder absoluto en los hermanos Castro.



“Fui amigo del ‘Che’”, le contó Allende al filósofo francés Régis Debray y le mostró la dedicatoria de su libro *La guerra de guerrillas*. “A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo. Afectuosamente, Che”. La cuestión de los “otros medios” fue siempre una grieta entre Allende y los cubanos.

Para Castro, el triunfo de la UP implicaba romper el bloqueo de Cuba en la región. Fue el primero en llamar a Allende tras su triunfo en 1970.

Un cable del 6 de octubre, enviado por la estación de la CIA en Santiago, reportaba que Castro le había dicho a Allende que no viajaría a la asunción del mando por el posible “impacto adverso en la opinión pública mundial”. “No le des a la contrarrevolución un pretexto para atacarte prematuramente”. Y le recomendaba mantener buenas relaciones con los militares: “No les des razón para derribar tu gobierno antes que tengas tiempo de consolidar tu apoyo popular”.

Ocho días después de asumir, desoyendo una petición del embajador estadounidense Edward Korry para que no estableciera relaciones con Cuba, Allende anunció la normalización diplomática con la isla. En la distribución de cargos, la embajada quedó para el Mapu. El Senado rechazó la primera propuesta de Allende para embajador, Jaime Gazmuri, y aceptó la segunda, Juan Enrique Vega.

Pero mientras la legación chilena en La Habana era pequeña y modesta, la de Castro en Santiago se convirtió en un epicentro de influencia. La inteligencia

cubana (DGI) llegó a tener 54 agentes que reportaban al propio Castro, según la CIA.

La desmesura máxima fue la visita oficial de Castro, que se extendió desde los 10 días previstos hasta tres semanas, durante las cuales se apoderó de la agenda chilena.

La recepción a Castro el miércoles 10 de noviembre de 1971 fue entusiasta, con bosques de banderas rojas y rojas y negras. “¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo!”, gritaban las masas izquierdistas. Era su primera visita al exterior en siete años.



Recorrió el país con un séquito de 400 periodistas. Estuvo en el norte con los mineros del cobre, en Concepción con los estudiantes y en Santiago con la UTE, la Cepal, la comuna de San Miguel, los Cristianos por el Socialismo, las mujeres, el cardenal Silva Henríquez y los militares. Su despedida en el Estadio Nacional, el jueves 2 de diciembre, que calificó de “relativamente débil”, enfrentó su oratoria con la de Allende. Mientras Castro declaraba su curiosidad por el proceso chileno, el Presidente lanzó una advertencia histórica:

“¡Yo no tengo pasta de apóstol ni de mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile. Que lo sepan: ¡Dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera! Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno popular porque es el mandato que el pueblo me ha dado. No tengo otra alternativa. ¡Sólo acribillándome a balazos podrán impedir mi voluntad, que es cumplir el programa del pueblo!”.

En sus reuniones con la izquierda, Castro enfatizó en la importancia de la unidad sin exclusiones, una sugerencia para incorporar al MIR. En una oportunidad, Castro le preguntó a Allende cuándo comenzaría a aplicar los métodos de dirección socialista de la economía. Allende le replicó que eso no estaba en el programa de la UP

Con su prolongada visita, Castro se integró como un actor del debate local, incomodó a la UP e indignó a la oposición, que lo despidió con una marcha de cacerolas que terminó con 96 heridos.

El edecán para su visita fue Augusto Pinochet. Castro, que como excombatiente se preciaba de saber valorar a las personas, quedó impresionado con este general obsequioso.

Castro opacó otra visita que coincidió con la suya (aunque sólo fue de seis días), la del llamado "Allende francés", François Mitterrand, secretario general del Partido Socialista Francés. En una curiosa coincidencia con lo que pensaba Kissinger, Mitterrand declaró que Chile es "una síntesis interesante y original [porque] el movimiento popular puede plantearse la victoria por la vía legal. (...) Se trata de demostrar a los franceses que esta vía es posible". Pierre Kalfon, corresponsal de Le Monde, despachó a su diario: "Chile parece un laboratorio en el que se está realizando una experiencia de la que la izquierda europea tal vez algún día saque fruto".



Poco después, Castro apoyó con entrenamiento y armas livianas al GAP: eso fueron los bultos que llegaron en un avión cubano y que el director de Investigaciones, Eduardo Paredes, bajó sin pasar por Aduanas, con el apoyo del ministro del Interior, Hernán del Canto. Para La Habana no era un envío importante, pero las explicaciones falsas que dio la UP contribuyeron a magnificar el escándalo.

En materia de suministros militares, Castro mantuvo una línea intransable, aunque contrariase sus instintos: nada sin la autorización de Allende. Cada vez que el MIR, el PS y el Mapu le pidieron apoyo se encontraron con la misma respuesta o, lo que es igual, con migajas como cursos de instrucción y becas de estudio.



Hacia mediados de 1973, Castro se mostraba impaciente con la agitación de Chile. Todavía creía posible un golpe de mano: "Mil hombres entrenados y organizados podrían decidir la situación en Santiago". Pero Allende no cedía.

Para el 10 de septiembre, la embajada cubana en Santiago estaba acuartelada y con órdenes de repeler ataques sin salir del recinto, y prestar ayuda a Allende, pero sólo si éste la requería.

La dirección político-militar estaba al mando del embajador Mario García Incháustegui, el encargado político Juan Carretero, el oficial Patricio de la Guardia, Ulises Estrada y Fernández Oña.

Castro estaba de visita en Vietnam del Norte. Al día siguiente compararía el ataque militar contra Allende con el bombardeo sobre Quang Tri.

-----oooo000oooo-----